

CAPÍTULO PRIMERO

1847

Primeros caudillos de la sublevación indígena.—Su carácter y sus tendencias.—Se descubre la conspiración antes de que estalle.—Prisión de Manuel Antonio Ay.—Su causa.—Es ejecutado en Valladolid.—Impresión que este suceso causa en los indios.—Se ordena la aprehensión de Jacinto Pat y Cecilio Chi.—Causas que la impiden.—El último inicia la insurrección, asesinando fría é inhumanamente á todos los habitantes blancos de Tepich.—Represalias en Tihosuco.—Pronunciamiento de D. José D. Cetina en Tizimin.—Se somete al gobierno en virtud de las circunstancias.—Honda sensación que causa en toda la Península la noticia del levantamiento de los indios.—Los partidos de Méndez y Barbachano se reconcilian aparentemente, y se celebra este suceso en Mérida con manifestaciones públicas y estrepitosas.

Entre los individuos de la raza indígena pura que se habían familiarizado con el uso de las armas en las convulsiones intestinas de la Península, se distinguían en primera línea Manuel Antonio Ay, Cecilio Chi y Jacinto Pat. El primero era cacique de Chichimilá, el segundo de Tepich y el tercero de Tihosuco. Aunque los dos primeros habían concurrido con los indios de sus respectivos cacizgos á la sangrienta jornada del 15 de enero, el gobierno emanado del motín de Campeche no se había atrevido á castigarlos, porque habían contribuído con sus servicios al triunfo de la revolución. Acaso esta impunidad los alentó desde luego á tramar la conspiración que debía llenar de sangre y de ruinas el Estado, y encontraron un poderoso apoyo en Bonifacio Novelo, el más feroz de los asesinos de

—(17)—

Valladolid, que con unos cuantos de los suyos vivía en los bosques, sustraído de la obediencia al gobierno.

Ninguna dificultad encontraron estos jefes para extender el hilo de la conjuración en las regiones del Sur y del Oriente; porque el carácter reservado é hipócrita del maya se presta admirablemente á esta clase de empresas, y porque la cizaña se sembraba en un terreno ávido de producir. A pesar del misterio en que estuvieron envueltos los primeros pasos de los conspiradores, son conocidos ya algunos detalles que no dejan de tener importancia para juzgar del verdadero origen y tendencias de la sublevación.

Á dieciséis leguas al noreste de Tihosuco, y otras tantas, poco más ó menos, de Valladolid, existía un rancho denominado Xihum, cuya fundación databa acaso de los tiempos anteriores á la conquista, á juzgar por los corpulentos árboles que sombreaban su recinto. Su situación le permitía estar á cubierto de la vigilancia de las autoridades, las cuales sólo tenían probablemente una noticia vaga de su existencia; porque se asegura que allí no había ni iglesia, ni cruz, ni ninguna otra señal de haber sido dominado permanentemente por los blancos. El lugar no podía ser más adecuado para el objeto que se habían propuesto los conspiradores indios, y en él se reunieron por primera vez para tratar de la insurrección de su raza. Asistieron á este conciliábulo Manuel Antonio Ay, Cecilio Chi y otros varios indios de las poblaciones de aquella comarca. Ignoramos si también concurrió Jacinto Pat, quien más bien pasaba en aquella época por partidario de D. Miguel Barbachano, y si desde entonces se concibió el plan que más tarde debía desarrollarse; pero testimonios que consideramos dignos de todo crédito, nos han revelado el programa que cada uno de los tres caudillos que acabamos de nombrar tenía en el momento de estallar la insurrección indígena, y el cual basta para dar á conocer su carácter.

Cecilio Chi era, sin disputa alguna, el más sanguinario de todos, y los sucesos que debemos referir en adelante vendrán muy pronto á confirmar este juicio. Su programa consistía en exterminar á todos los individuos que no perteneciesen á la raza indígena pura, con el objeto de que los descendientes de los mayas se quedasen dueños absolutos del país de sus mayores. Manuel Antonio Ay creía que no se necesitaba derramar tanta sangre para alcanzar el mismo objeto, y opinaba que los indios podían desembarazarse de sus enemigos expulsándolos á todos de la Península. Las aspiraciones de Jacinto Pat eran menos innobles; porque aunque aspiraba al dominio de su raza sobre las demás, no era con el objeto de exterminarlas ó de expatriarlas, sino con el objeto de sustituir á los blancos en el gobierno del país.

Cualesquiera que fuesen estas diferencias, que sólo podían presentar alguna dificultad en la hora del triunfo, todos los jefes se pusieron muy pronto de acuerdo en la insurrección, y desde entonces comenzaron á hacer sus preparativos. Cartas y emisarios circularon en distintas direcciones; pero como si la Providencia hubiese querido dar al hombre civilizado el tiempo que necesitaba para prepararse á luchar contra la barbarie, quiso que algunos hilos de la conspiración fuesen descubiertos momentos antes de que estallase.

Don Miguel Jerónimo Rivero, propietario de la hacienda Acambalam, situada á diez leguas de Valladolid, fué el primer blanco á quien llamó la atención el movimiento inusitado en que habían entrado los indios de la comarca desde los primeros días del mes de julio. Numerosos grupos, que conducían provisiones de boca, pasaban sin cesar por aquella finca y tomaban en seguida el camino de la hacienda Culumpich, propiedad y residencia ordinaria del cacique de Tihosuco, Jacinto Pat. Deseoso Rivero de averiguar la causa de aquella acumulación de víveres, envió

á Culumpich á un criado suyo, el cual volvió pocos días después trayendo noticias del gran suceso que se preparaba. Dijo que había encontrado en aquella finca una concurrencia extraordinaria de indios; que se hablaba entre ellos de una gran sublevación que debía estallar próximamente, y que contaban para llevarla á efecto con un buen número de escopetas que acababan de desembarcar en el rancho Tzal, procedente de Belice. Alarmado Rivero con estos pormenores y con el paso de un nuevo grupo de trescientos indios que llevaba víveres á Culumpich, salió precipitadamente de Acambalam con su familia y se presentó en Valladolid ante el jefe político y comandante militar del departamento, D. José Eulogio Rosado, dándole cuenta de todos los informes que había recogido.

Una revelación semejante, que tuvo lugar por la misma época en el pueblo de Chichimilá, vino á sacar á la raza blanca de la confianza imperturbable en que vivía en el cráter mismo del volcán. Un día en que Manuel Antonio Ay bebía aguardiente en unión de otros indios en la tienda del juez de paz D. Antonio Rajón, aquél dejó caer sobre una mesa su sombrero de paja, en los momentos en que comenzaba á perder la razón á consecuencia de la embriaguez. El juez de paz descubrió en el fondo de este sombrero una carta, y se apoderó de ella, á pesar de que Ay le amenazaba con su venganza si llegaba á descubrir el secreto que encerraba. Estas palabras misteriosas avivaron la curiosidad de Rajón, y no tardó en imponerse del contenido de aquella carta, al pie de la cual se leía la firma de Cecilio Chi. A pesar de la incorrección con que estaba escrita, traslucíase en su tosco lenguaje la insurrección que se preparaba y los medios de que debía echarse mano para acometer la empresa, antes de que la aprehensión de los jefes evitase su explosión (1). Rajón,

(1) He aquí el tenor literal de esta carta, que por más de un título merece

lo mismo que Rivero, corrió inmediatamente á Valladolid y puso en las manos del jefe político el documento que acababa de sorprender.

Don Eulogio Rosado, después de participar todos estos incidentes al gobernador provisional D. Domingo Barret, comenzó á dictar las disposiciones necesarias para aprehender á los culpables que se hallaban bajo su jurisdicción, y evitar, si era posible, que estallase el movimiento. Mandó á Chichimilá una fuerza, la cual se apoderó de Manuel Antonio Ay y de otros tres indios de apellido Puc; y el cateo que se verificó en la casa del primero hizo nuevas revelaciones que no dejaron duda ninguna respecto de la conspiración. Entre varios documentos que se encontraron allí, figuraba una carta dirigida á Bonifacio Novelo, en ese lenguaje ambiguo y misterioso que suelen emplear los conspiradores, y una larga relación de las cuotas con que habían contribuido muchos indios de la comarca para un objeto que no se expresaba.

El coronel Rosado sometió inmediatamente á un juicio militar á Manuel Antonio Ay y sus cómplices; porque el simple anuncio de una guerra de castas, que hacía algún tiempo era la constante pesadilla de la raza blanca, obligaba á tomar medidas extraordinarias y violentas. El cacique de Chichimilá no se atrevió á negar completamente, en vista de los documentos que se le pusieron delante de los

ser transmitida á la posteridad: «*Tepich, julio de 1847.*—Sr. D. Manuel Antonio Ay.—Muy Señor mi amigo, hágame Usté favor de decirme gatos pueblos hay avisados para el caso, para que usté me diga gando—Item quiero que usté me diga si es méjoro mi intento es atracar á Tihosuco para que tengamos toda provision, hasi aguardo la respuesta para mi gobierno, me dice usté ó me señala usté el dia en que usté ha de venir acá conmigo, porque acá me están siguiendo el bulto, por eso se lo digo á usté, me arusté el favor de avisarme dos ó tres dias ántes, no dejisté de contestarme no soy yo mas que su amigo que lestima.—CECILIO CHI.»

Don SERAPIO BAQUEIRO incluye esta carta en el capítulo VI, tomo I, de su *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán.*

ojos. Dijo, sin embargo, que la conspiración de que se había hecho jefe no tenía otro objeto que reducir á un real mensual la contribución que pagaban los indios (2); que para alcanzar este fin se habían recaudado las cuotas que aparecían de la relación encontrada en su casa, y que se había hecho depositario de la cantidad á un hombre blanco llamado Secundino Loria. Pero éste manifestó que, no solamente no había recibido tal depósito, sino que se había negado á contribuir con una cantidad con que se le cotizó; y como las demás constancias del proceso arrojaron la luz necesaria para comprobar que Manuel Antonio Ay era uno de los caudillos principales de la insurrección proyectada contra la raza civilizada del país, el tribunal le condenó á sufrir la pena del último suplicio. El comandante militar de Valladolid confirmó esta sentencia, y el reo fué puesto en capilla seis días después de iniciada la causa.

Á juzgar por una arenga que la tradición ha conservado, Ay, no solamente confesó al fin su crimen, sino que se arrepintió sinceramente de él, previendo las sangrientas consecuencias que debía acarrear á la Península. Habiendo alcanzado licencia para hablar con un hijo suyo de doce años de edad, que le había seguido hasta aquella antesala de la muerte, hizo que se arrodillase ante su presencia, y poniéndole las manos sobre la cabeza le dijo que iba á morir por haber conspirado en unión de otros indios contra la raza blanca; que su muerte no evitaría que estallase la guerra, cuyo resultado final era difícil de prever; que se guardase muy bien de tomar participio en ella, y que se conservase para servir de apoyo á una familia á quien sus malos pasos iba á dejar en la orfandad. Manuel Antonio Ay pronunció estas palabras con los ojos enjutos; pero al hacer al niño algunas recomendaciones sobre su mujer

(2) Véase más adelante, en este capítulo, la nota marcada con el número 6.

y sus hijos, su habitual entereza le abandonó y un raudal de lágrimas se desbordó de sus ojos.

La ejecución se verificó en la plaza de Santa Ana, de la ciudad de Valladolid, en la tarde del 26 de julio. Un gran número de indios de las inmediaciones concurrieron á presenciarla, y D. Eulogio Rosado se vió en la necesidad de poner sobre las armas á toda la gente de la guarnición, por el temor de que aquella multitud, excitada con el espectáculo del suplicio, intentase cometer algún desorden ó trastorno. El cadáver del ajusticiado fué conducido á Chichimilá, donde, puesto á la expectación pública por el término de veinticuatro horas, pudo ser contemplado por todos los vecinos de la población, que estaban vivamente excitados desde el momento en que tuvieron noticia de la sentencia de muerte. Esta excitación alarmó de tal manera á las pocas familias blancas de Chichimilá, que todas, incluso el juez de paz D. Antonio Rajón, se pusieron en marcha para Valladolid, al abrigo de la escolta que había conducido los despojos mortales del cacique. ¡Eran los primeros preludios de la formidable lucha en que iba á verse envuelta la Península!

Mientras la región oriental presentaba este aspecto amenazador, el gobierno dictaba desde Mérida las disposiciones necesarias para aprehender á Jacinto Pat y Cecilio Chi, denunciados como otros tantos jefes de la conspiración contra la raza blanca. El jefe superior político de Tekax, en cuya jurisdicción estaban situados los dos pueblos de que aquellos eran caciques, encomendó su captura á don Antonio Trujeque, jefe político subalterno de Peto, y al teniente coronel D. Vito Pacheco. La comisión era bastante delicada, y de su éxito iba á depender acaso la suerte futura de la Península. Ambos jefes lo comprendieron así, y por el temor de dar un golpe en vago, se dirigieron por caminos extraviados á Culumpich. Cualquiera hubiera creído, en vista de estas precauciones, que la presa iba á caer

en la red que se le tendía. Pero había entre los dos comisionados y Jacinto Pat vínculos que no se rompen fácilmente. Los tres eran antiguos compañeros de armas; algunas veces habían militado bajo la misma bandera, y juntos habían desafiado los peligros de las revoluciones. Sea por estas circunstancias, ó porque encontraron al cacique de Tihosuco entregado tranquilamente á sus faenas habituales, ó por alguna otra causa menos honrosa, Trujeque y Pacheco se abstuvieron de cumplir con las órdenes que tenían, bajo el pretexto de que el gobierno estaba mal informado; y después de haber pasado un día en Culumpich, donde su propietario los colmó de agasajos, tomaron el camino de Tihosuco.

Allí cometió Trujeque un nuevo desacierto. En lugar de pasar inmediatamente á Tepich, á prender á Cecilio Chi, le envió á decir que bajase á Tihosuco con el objeto de presenciar la liquidación que había venido á hacer de las fuerzas que sirvieron bajo sus órdenes en la revolución de 8 de diciembre. El capitán D. Miguel Beitia, que llevó este recado, llegó á Tepich á las once de la noche y encontró al cacique en una taberna, donde procuraba ahogar en la embriaguez la indignación que le había causado el fusilamiento de Manuel Antonio Ay. Aquella habría sido una buena ocasión para aprehenderle, porque reinaba un silencio completo en el pueblo; pero Beitia había dejado atrás la escolta de que se hizo acompañar por precaución, y se limitó á dar el recado que llevaba. Cecilio Chi dijo que iría á Tihosuco; pero se guardó muy bien de cumplir su palabra, porque sabía que arriesgaba en el viaje su cabeza.

Comprendió, al contrario, desde este momento que ya no había reconciliación posible entre él y los blancos, y resolvió precipitar los acontecimientos, como el único medio de salvación posible que le quedaba. Concibió desde luego el atrevido proyecto de apoderarse de Tihosuco, y con este objeto avisó á los indios de su dependencia, que esta-

ban acostumbrados á seguirle en todas sus campañas. Desgraciadamente para él, la carta que dirigió al sargento de Telá cayó en manos del juez de paz, quien se la dirigió inmediatamente á Trujeque. Este comprendió entonces el error que había cometido en no cumplir literalmente con las instrucciones del gobierno, y deseoso de repararlo al instante, marchó á Tepich con su fuerza y con algunos vecinos armados que quisieron seguirle. Pero era ya tarde. Celicio Chi, avisado con tiempo por algunos espías que había colocado convenientemente, pudo ocultarse en una vivienda que poseía á inmediaciones del pueblo, y fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo Trujeque para dar con él y con muchos de los que suponía sus cómplices (3). Aprehendió, sin embargo, en esta población y en la de Ekpeo, adonde pasó después, veintidós indios que fueron denunciados como conspiradores contra la raza blanca, y con ellos dió la vuelta á Tihosuco.

Entretanto, Celicio Chi había terminado sus preparativos, y en la madrugada del 30 de julio, cuando todos los habitantes de Tepich parecían entregados al sueño, los indios se arrojaron repentinamente sobre las casas de todos los vecinos que no pertenecían á su raza, y cumpliendo con las órdenes de su sanguinario jefe, asesinaron sin piedad á blancos, mestizos y mulatos, perdonando solamente á algunas mujeres para saciar su concupiscencia (4). El ataque fué dirigido de una manera tan rápida y simultánea contra todas las víctimas señaladas de antemano, que no se pudo organizar ninguna defensa, á pesar de que Trujeque, al retirarse treinta horas antes del pueblo, les había

(3) Algunos de los hechos referidos hasta aquí, constan de los documentos oficiales y periódicos de la época. Otros están consignados en la historia de don SERAPIO BAQUEIRO y confirmados por las noticias que hemos procurado adquirir.

(4) Número de *El Siglo XIX*, periódico oficial, correspondiente al 5 de agosto de 1847.

dejado algunas armas con este objeto. Un solo individuo, llamado Alejo Arana, pudo escaparse de la matanza y corrió á Tihosuco, donde fué el portador de la fatal noticia.

¡Así comenzaba Celicio Chi á cumplir su salvaje programa de exterminar á la raza blanca, con el objeto de que los indios adquiriesen el dominio exclusivo del país de sus mayores!

La noticia de los asesinatos de Tepich produjo una conmoción extraordinaria en Tihosuco. Situado este pueblo en una región habitada casi exclusivamente por indios, los vecinos de las demás razas se sintieron sobrecogidos de pavor, porque comprendieron que, en el caso muy probable de un levantamiento general, eran impotentes para luchar contra sus adversarios. Entonces, como generalmente sucede en casos semejantes, creyeron intimidar á éstos con medidas de terror, y ardiendo en deseos de vengar la sangre derramada por Celicio Chi, pidieron á Trujeque que fusilase á cinco de los indios aprehendidos dos días antes en Tepich, y á quienes la opinión común designaba como cabecillas de la conspiración. El jefe político no pudo ó no quiso negarse á esta exigencia, y aquellos desgraciados fueron pasados por las armas en la tarde del mismo día 30, después de haberlos confesado un sacerdote (5). Violenta y poco humana era la represalia, y los efectos que debía producir fueron ciertamente muy distintos de los que esperaban sus autores.

Antes de pasar adelante, se hace necesario recordar al lector la situación política que guardaba la Península en los momentos de estallar la guerra de bárbaros. El funesto pronunciamiento de 8 de diciembre, que había elevado á los partidarios de Méndez y humillado á los de Barbachano, había hecho más profunda que nunca la división. Los últimos habían intentado una revancha el 28 de febre-

(5) Periódico oficial citado.

ro; pero habiendo fracasado el movimiento, como hemos visto, aplazaron para más tarde sus deseos de venganza. Las prisiones, los confinamientos y los destierros no hicieron mas que avivar este sentimiento, y conspiraron en la sombra, echando mano de toda clase de recursos, como antes habían conspirado sus enemigos. Un suceso que se verificó en los momentos mismos en que Manuel Antonio Ay era conducido al patíbulo, probará hasta qué grado puede ser exacta esta observación.

El barbachanista D. José Dolores Cetina, que había sido uno de los jefes del movimiento de la ciudadela, se presentó repentinamente en Tizimín el 26 de julio, y en unión de varios de sus amigos políticos levantó un acta en que pedía el restablecimiento de las autoridades derrocadas á consecuencia del motín de 8 de diciembre. Entre otros artículos que contenía este documento, había uno en que se prometía reducir á un real mensual el impuesto de capitación que pagaban todos los yucatecos (6).

(6) Habiendo dicho Manuel Antonio Ay, en su causa, que la conspiración en que había tomado parte no tenía otro objeto que el de reducir la contribución personal en el sentido de que se habla en el texto, no faltarán lectores que pregunten si este desgraciado y sus cómplices fueron impulsados por los barbachanistas, como antes habían sido impulsados por los partidarios de Méndez, ó lo que es lo mismo, si el movimiento que intentaron tenía realmente por objeto el exterminio de la raza blanca, como hemos asentado, ó solamente el de sustituir el gobierno de Barbachano al de Barret.—Acostumbrados los partidos políticos á acudir á los indios para engrosar sus filas, nada tendría de inverosímil suponer que los barbachanistas hubiesen inducido á Manuel Antonio Ay, Cecilio Chi y Jacinto Pat á pronunciarse, con el aliciente de reducir á doce reales anuales la contribución personal. Pero el hecho de que hubiesen sido exclusivamente indios los jefes de la conspiración extendida en los distritos de Valladolid y Tihosuco, y la circunstancia de que hubiesen escogido para sus primeras reuniones el aislado rancho de Xihum con el objeto de ocultarse hasta de los mismos caudillos blancos á cuyas órdenes habían conspirado otras veces, prueban, á no dudarlo, que los conspiradores indios no llevaban otro fin que el de promover una guerra de castas. Vienen á confirmar esta aserción los mismos términos en que está concebida la carta de Cecilio Chi, que ya hemos insertado; la circunstancia de que Jacinto Pat sólo hubiese reunido elementos indígenas en Cu-

El jefe del movimiento salió de Tizimín, luego que tuvo reunidos unos trescientos hombres, y se situó con ellos en Temozón. Desde allí intimó á D. Eulogio Rosado que le entregase la plaza de Valladolid; pero este jefe, en lugar de acceder á sus deseos ó de salir á batirle, como hubiera hecho en otras circunstancias, le dirigió un oficio excitándole á someterse al gobierno, que bien necesitaba del concurso de todos los yucatecos para salvar al Estado de la situación en que se hallaba. Le mandó además dos comisionados, quienes le manifestaron de palabra que, según los datos que arrojaba la causa de Ay, el país estaba amenazado de una guerra de castas, y que cualesquiera que fuesen las causas que tenían dividida á la raza civilizada, ésta debía olvidarlas para salvarse del peligro que la amenazaba. Estas razones causaron al parecer una impresión saludable en el ánimo de Cetina, y prometió someterse con todas sus fuerzas al gobierno, llevándolas al efecto á Valladolid. Hízolo así, en efecto, aunque de una manera tan poco conforme al convenio hecho con los comisionados, que D. Eulogio Rosado concibió algunas sospechas. Pero mediaron ciertas explicaciones, en las cuales repitió Cetina su voluntad de someterse al gobierno, y el comandante militar le alojó con su fuerza en el barrio de la Candelaria, no muy satisfecho todavía de la sinceridad de su arrepentimiento.

Una fusión semejante, pero más amplia y franca, se verificaba por la misma época en la capital del Estado. Pálida sería cualquiera descripción que intentáramos hacer sobre la impresión que causó en esta ciudad la noticia de la sublevación de los indios. Cada uno de sus habitantes que

lumpich, y, por último, la conducta posterior del primer caudillo, quien, en lugar de acogerse á una bandera política para escapar á la persecución que le había declarado Trujeque, inició la guerra de exterminio en la sangrienta hecatombe de Tepich.

tenía una gota de sangre española en las venas, comprendió que si no se hacía un esfuerzo supremo, la conflagración se extendería rápidamente por toda la Península y ninguno escaparía á la saña del salvaje. Todos veían suspendida sobre su cabeza la cuchilla que había hecho tantas víctimas en Tepich; la indignación, el horror y el deseo de la venganza se mezclaban en confuso tropel en su imaginación, y el periódico oficial hacía aparecer en sus columnas estas palabras. «Estemos alerta los de las otras castas; seamos un Argos para observar, valientes para atacar al enemigo común, inexorables para castigarlo. Sangre, y no más que sangre de indios sublevados debe ser el santo de nuestros puestos.»

Pero en medio de este grito de guerra, la atención se convirtió hacia los bandos en que se hallaba dividida la raza civilizada, y comprendiendo que la unión constituye la fuerza, sus diversos prohombres se buscaron, se estrecharon la mano, se dieron el abrazo fraternal, echaron al olvido sus antiguos resentimientos y prometieron formar un todo unido y compacto para oponer á la saña del salvaje. Los hombres de posición más elevada y de ideas más opuestas entre sí, se creyeron obligados á dar el ejemplo de la reconciliación. Deben ser contados entre este número D. Domingo Barret, D. Miguel Barbachano y hasta el mismo D. Pedro Escudero de la Rocha, representante del partido centralista, que hacía mucho tiempo no tomaba ningún participio en la cosa pública.

En la mañana del 5 de agosto se celebró estrepitosamente esta reconciliación por los incautos que la creyeron ó por los espíritus generosos que la deseaban de todo corazón. Una reunión numerosa, en que estaban representados todos los colores políticos, recorrió las calles de la capital entre músicas, cohetes y repique de campanas, vitoreando indistintamente á los hombres más distinguidos que habían promovido ó aceptado la unión y visitándolos en sus

casas. En la tarde salió del palacio de gobierno un paseo, á cuya cabeza se veía un coche en que iba el gobernador con D. Miguel Barbachano, y otro en que se hallaba D. Pedro Escudero de la Rocha con los secretarios del despacho. A las oraciones de la noche se detuvo este paseo ante la casa del Sr. D. Pedro de Regil y Estrada, quien había preparado un delicado ambigú para celebrar el fausto acontecimiento de aquel día. Los oradores de aquella reunión escogida pronunciaron brindis patrióticos en favor de la unión, y los estrepitosos aplausos con que fueron acogidos, parecieron demostrar que todos los concurrentes estaban animados de los mismos deseos. Desgraciadamente, estos bellos sentimientos debían disiparse casi al mismo tiempo que los vapores del vino que inspiraron su expresión.

La reconciliación de partidos políticos, opuestos en ideas ó intereses personales, hará siempre más honor al corazón que á la cabeza de los que la creen ó la predicán de buena fe.
